



Ella sentía que le sobraba también el chaleco de lana, pero el hombre estaba imperterrito en su grueso caftán y su pañuelo al cuello. La miraba con cara de preocupación, esperando que respondiera a la historia que acababa de contarle.

La chimenea no solo convertía aquella sala en un verano artificial, sino que era su única fuente de luz. Había una ventana a la derecha con las cortinas corridas. Oona sabía que había entrado aún de día en la casa; allí dentro, sin embargo, parecían estar próximos a la medianoche. Procuró dirigir su atención al hombre, un mercader muy rico que necesitaba que le hiciera un favor. Así se lo había explicado al principio, aunque ambos supieran que ese favor iba a ser cobrado. Se aclaró la garganta, seca por el calor, y preguntó:

—La última vez que vio a su hijo fue hace dos días, ¿es así?

El comerciante asintió.

—¿Le contó dónde iba o si tenía planeado encontrarse con alguien?

La respuesta fue un gesto de negación con la cabeza.

—¿Nadie se ha puesto en contacto con usted?

—¿Crees que lo han secuestrado? —el hombre salió de su mutismo con un ligero sobresalto—. Supongo que es posible.

—Solo intento hacerme una idea.

Rostam, que así se llamaba el mercader, se ajustó el pañuelo, provocando que Oona fuera aún más consciente del reguero de sudor que le bajaba por la espalda.

—La verdad es que no conocemos bien a los amigos de Markro. Él sale mucho, pero no nos dice dónde. Vuelve muy tarde la mayoría de las noches, eso sí es verdad.

—Cuando Markro vuelve a casa, ¿en qué estado está?

El hombre bajó por un momento la mirada a sus pies, enfundados en mocasines forrados de lana, y suspiró. “Un chico fiestero”, anotó mentalmente Oona.

—¿Recuerda si habló con él la última vez que lo vio, y de qué?

—Solo le pedí que no estuviera fuera toda la noche. Al día siguiente necesitaba que me acompañara a la explanada del templo.

Aquel era el lugar favorito de los mercaderes del Barrio Alto para sus reuniones de negocios; público, pero ofrecía cierta intimidad



para cerrar tratos si se paseaba por el lado correcto.

—¿Qué le respondió él?— quiso saber Oona.

—Nada. Se rio y se marchó. No sé si le hacía gracia que le pidiera que me acompañara o que yo dudara de que lo haría. En ese momento, me pareció irrespetuoso.

Ella asintió. Miró en derredor hacia las sombras que bailaban en las paredes y el débil sol invernal que se adivinaba tras las cortinas. Le costaba acostumbrarse a entrar en las mansiones de los mercaderes y que la recibieran con cierta deferencia. Una semielfa que, hasta no hacía tanto tiempo, había vivido en la calle y se ganaba la vida echando a ladrones de una posada cercana al mercado era ahora la persona que todo el Barrio Alto necesitaba para que le solucionara los problemas que la guardia de la ciudad no se tomaba en serio.

Se enderezó en la butaca y preguntó si podía echar un vistazo a la habitación de Markro. Rostam parpadeó confuso. Sin embargo, no se opuso. El mismo Frendo Arton, presidente de la asociación de gremios, se la había recomendado, así que le daría todas las facilidades. Tampoco era que el dormitorio del

joven desaparecido arrojara luz sobre su paradero. Estaba tan a oscuras como el resto de la casa y, sorprendentemente, su decoración era más austera; además de la cama, apenas había una mesita con una lámpara de aceite y un mueble con una jofaina y una jarra de barro. Oona echó un vistazo somero y levantó el colchón, ante la estupefacción cada vez mayor del mercader. Ella le aseguró que ya disponía de toda la información que necesitaba y se despidió.

—Tendrá noticias mías en cuanto sepa algo.

Le extendió una mano que el comerciante estrechó con poca fuerza y se encaminó sola hacia la salida, pasando por la sala para recoger su abrigo y su bufanda. El ama de llaves le dirigió una mirada seria desde la puerta de la cocina. Hablar con ella le había servido de poco, era una mujer estricta y callada, pero Oona sí tenía una idea aproximada de lo que había ocurrido.

Salió a la calle sorprendida de que la noche no hubiera caído aún sobre Portosal, aunque el cielo lucía rosáceo. Se volvió un momento para mirar la fachada de la mansión, más parecida a un puesto militar avanzado, y se abri-





gó, permitiéndose por un momento sentir el frío del anochecer. Se encaminó después de vuelta al barrio del mercado y a su morada de la posada de Ryn.

El invierno provocaba que la ciudad entrara en una suerte de hibernación; al puerto llegaban muy pocas naves y los convoyes por tierra eran pequeños. Había menos forasteros, lo que significaba menos entretenimiento para los portosalinos y más tiempo para rumiar sus problemas. Algunas tabernas cerraban hasta que el clima se volviera más cálido y hubiera más clientes, pero otras se convertían en lugares donde huir del frío, de la oscuridad y del aburrimiento.

El invierno de Oona, sin embargo, no podía describirse como aburrido. Aquel asunto del hijo del aceitero apuñalado durante el verano anterior había ido procurándole más trabajo como husmeadora, trabajo que consistía en variaciones del favor que le había pedido Rostam: encontrar a hijos díscolos, cónyuges infieles o averiguar si un socio estaba estafando al otro, o si había descubierto que

le estaban escamoteando las ganancias. Sus conocimientos de cómo funcionaba la esfera de los comerciantes resultaban muy útiles para ganarse unas monedas de una manera competente.

Oona escuchaba sus pasos en los adoquines en medio del silencio reinante en la calle. La quietud habitual del Barrio Alto se extendía por todo Portosal en las noches invernales; no era el bullicio del mercado, sino el salto de casas de piedra a otras de madera, y de vez en cuando ladrillo, lo que marcaba que se había entrado en una zona popular.

Se cruzó con un par de hombres, envueltos en gruesas capas, que caminaban con rapidez en dirección al oeste; esa fue toda la animación callejera que se encontró hasta detenerse en la puerta de la posada de Ryn. Estaba cerrada, pero el farol iluminado sobre ella indicaba que dentro se servía bebida y que los clientes eran bienvenidos. También la recibió una sensación de calor al entrar, más agradable y menos abrumadora que en casa de Rostam. Vio a pocos parroquianos, la mayoría acodados en la barra u ocupando apenas tres mesas, mientras que las chicas, que en verano



observaban a sus posibles clientes desde la barandilla del piso superior, estaban sentadas en otra. La saludaron al verla entrar.

—¿A qué nueva mansión maravillosa has ido esta vez? —le preguntó Arina con las mejillas sonrosadas por el vino que estaba bebiendo.

Oona se quitó el abrigo, la bufanda y el chaleco y los dejó sobre un taburete desocupado. Arrastró otro desde una mesa cercana y se sentó.

—Es muy poco interesante, Arina —le respondió—. Otro hijo de mercader que se pierde en las tabernas.

—El pasatiempo del invierno —comentó Grisda, la mujer con la que Oona compartía la habitación. Había cierta ironía en su voz que provocó una pequeña sonrisa en la semielfa.

—¿Qué tal está todo por aquí?

Leshube, otra de las chicas, sentada al lado de Oona, se encogió de hombros y resopló por toda contestación. La semielfa robó un poco de vino, queso y pan de barco de lo que tenía Grisda delante. Quería acercarse a las tabernas del puerto por donde sospechaba que podía haber pasado Markro, pero aún

era pronto. Se quedó escuchándolas hablar un rato más sobre algunos de los clientes que se habían animado a salir aquella noche y sobre uno de los escalones que llevaba al piso de arriba, que estaba suelto y crujió. También vio en la barra a Linus, un ladronzuelo de la calle que había asumido su antigua ocupación de, precisamente, echar a los rateros. A veces le ayudaba a recabar información para sus casos. Esa noche no le haría falta.

Se había levantado un viento que soplaba desde el interior, y las nubes atravesaban el cielo a la carrera, cuando Oona salió de nuevo al frío y las calles vacías y se encaminó hacia el puerto. Se dirigió a una calle estrecha, y paralela al paseo de los muelles, donde estaban las tabernas que abrían todo el año. Como en la posada de Ryn, los faroles encendidos sobre sus puertas indicaban que cualquiera estaba “invitado” a entrar, pero Oona sabía además que esos faroles aportaban más información dependiendo del color con el que se hubieran pintado sus paneles de cristal. El amarillo era el habitual, el que





señalaba a las tabernas convencionales; el azul añadía el significado de juegos de azar y el rojo, que su propietario podía ofrecer otros extras de ocio o de sustancias embriagadoras. En los dos últimos era más fácil que el hijo de un comerciante hubiera perdido dos días completos.

Abrió la puerta de un local que destacaba porque ocupaba toda una esquina y las dos plantas del edificio, de madera oscura ajada por la brisa del mar y el sol. El farol sobre su entrada era azul.

La recibió, precisamente, el ruido de los dados sobre una mesa. Le llegó con rotundidad desde su derecha, donde cuatro jugadores lanzaban otros tantos cubitos de madera con concentración. Eran casi los únicos clientes del lugar. El resto de las mesas, más de una decena, estaban vacías. La barra, al fondo de la sala, estaba ocupada por un posadero que la limpiaba, aburrido, y una silla impedía la subida a la planta superior por las escaleras que nacían a la izquierda de la barra. Oona miró brevemente hacia el techo, sostenido por recias vigas que en otra vida habían sido mástiles de barco; no apreciaba ningún signo

de que arriba hubiera más actividad, o simplemente alguna.

Avanzó hacia el posadero, que había levantado los ojos hacia ella por la novedad de alguien entrando en la posada, y que se irguió y se echó el trapo al hombro cuando Oona se detuvo frente a él. Su cabello raleaba y lucía una expresión entre cansada y deseosa de que llegara la hora de cerrar.

—¿En qué puedo ayudarte? —le preguntó con una voz bastante más firme de lo esperado.

—Estoy buscando a un joven que quizá estoy por aquí hace dos noches, probablemente solo —recurrió a la descripción que el ama de llaves le había dado de Markro: no demasiado alto, vestido de forma sobria y con ropas oscuras, de buen corte, castaño claro, pálido y con el engañoso aspecto de ser más un hombre de fe que el hijo de un opulento mercader.

El posadero escuchó esa lista de características sin parpadear y asintió ligeramente con la cabeza.

—Sí que tenemos un cliente habitual que viene a jugar a las tabas y que se parece a este chico que estás buscando, pero hace tiempo que no lo veo.